

do de vos lo que no sois; llevais la mejor recomendacion en vuestro rostro. Los oídos se engañan algunas veces, es verdad; pero los ojos no se equivocan nunca. La máscara de una intrigante no puede encubrir tanta bondad y candor como se manifiesta en vuestro semblante. La naturaleza no engaña tanto, con respecto á las facciones. Por lo mismo no os dejaré ir así, antes de haber hablado mas amistosamente con vos, y aun sin haberos hecho sentar un momento á mi mesa de campo. Mi esposa, que se está vistiendo para comer, tendrá tanto gusto como yo en recibirlos y en que estéis en su compañía. Podeis quedaros esta tarde con nosotros, y, entre tanto llega la hora de comer, os agradaceré que me contéis cómo se originó en vos esa afición á la lectura, ese sentimiento de la poesía, y ese deseo de conocer á los hombres, cuyas obras habíais leído.

—Voy á hacerlo, señor; mas será breve. Mi vida se explica con dos palabras; trabajar y sentir.

XII.

Reine-Garde es mi nombre; mi nacimiento tuvo lugar en una aldea de las cercanías de Aix, en Provenza. Desde muy joven entré á servir en casa de la señora ^{***}, que tenia señoritas de corta edad. Estuve de niñera en la casa de campo; crecí con las niñas y las vi crecer. El comportamiento de estas para conmigo, era mas bien el de unas hermanas que el de unas señoritas, lo que daba lugar á que los padres me considerasen casi como á una de sus hijas. No me quise casar nunca, por no tenerme que separar de esta familia. La educacion que se les daba á las señoritas, la recibia yo tambien, pues me aprovechaba de sus lecciones. Leia en los libros que les servian á ellas, en una palabra, me sucedia lo que á la pared que lo oye todo y no dice nada. Los resultados fueron, que yo aprendí por mi sola á leer y escribir, á contar, coser, bordar, lavar, cortar vestidos, en fin, todo lo que se enseña á una niña á favor de una costosísima educacion. Yo cortaba los vestidos á mis seño-

ritas, yo les hacia en Aix los adornos de cabeza para los saraós, ó los bailes, y todo esto de modo, que ellas no encontraban nada bien hecho sino lo que les hacia yo; así que, en recompensa, cuando iban muy hermosas y bien adornadas al baile, y yo tenia que esperarlas hasta las dos ó tres de la madrugada (como sucedia á menudo), para desnudarlas al volver, me decian:—Toma, Reine, uno de nuestros libros, que te entretendrá mientras nosotras bailamos.—Yo le cogia, me colocaba al lado de la chimenea, y durante toda la noche me entretenia en leerle hasta que se concluía, en cuyo caso volvía á empezarle para comprenderle bien todo; pero si por efecto de mi ignorancia ó de mi estado, me quedaba sin comprender algo, les suplicaba á mis señoritas que me lo esplicasen, en lo cual tenian ellas una grande satisfaccion. De esta suerte fué como leí la historia de la pobre Laurence, en vuestro poema Jocelyn. ¡Cuántas lágrimas me hizo verter, una noche que las señoritas le dejaron abierto sobre la mesa! Entonces me dije á mi misma: quisiera conocer á su autor.

—Adelante; ¿cómo salisteis de aquella buena casa, y qué hacéis ahora?

XIII.

Reine continuó:—Después del casamiento de las señoritas y de la muerte de su madre me quedé sin colocacion. Desde aquel momento ya no quise volver á servir, pues habiendo estado tan bien en aquella casa, me parecia imposible encontrar otras tan de mi gusto; yo no podia querer de igual modo á ninguna otra familia. El amo me concedió una pensióncita de cincuenta escudos en memoria de su mujer; las señoritas me dijeron:—Pierde cuidado que no te dejaremos pedir limosna.—Yo no me apuraba, y ademas tenia buenos conocimientos y, hasta puedo decir, personas que me querian, en todas las casas principales de Aix; por lo tanto alquilé una habitacion, con una tiendecita debajo, en una calle retirada, y donde los cuartos no es-

taban caros, y me hice costurera. Gano la vida cosiendo; me dan todo el trabajo que puedo hacer; no tengo ambicion; mis necesidades á muy poco están satisfechas; con que no me falte el alimento y me queden algunos ahorrillos para cuando mi vista se debilita y no pueda coser tan á prisa, tengo cuanto quiero. En mi compañía tengo un pájaro, es decir, ya no le tengo porque se me ha muerto, pero me han regalado otro, que acaso le querré tambien, mas no tanto como al primero. Los domingos y dias de fiesta los empleo en leer; en fin, señor, se me va el tiempo sin sentir. Y ademas, son muy buenos para mí en Aix. ¿No os admira que señores como vos, señores del barrio alto, hombres ilustrados, hasta individuos de la academia, que saben que me gusta la lectura, y que he llegado al extremo de escribir algunas tonterías, algunos versos, con motivo de las fiestas, para este ó para el otro; no os admira, repito, que no tengan reparo en detenerse de cuando en cuando al pasar por delante de mi puerta, ni de entrar en mi tienda, de traerme, bien un libro prestado, ya un periódico, y de hablar familiarmente conmigo como si yo fuese alguien? ¡Oh! es delicioso nuestro pais de Aix. Es imposible que haya otro semejante.

XIV.

— ¡Cómo es eso! ¿Componéis versos, señorita Reine? — la dije sonriendo: — no lo hubiera imaginado á no decírmelo vuestros hermosos ojos soñolientos. En todo cielo hay nubes; y los sueños y los versos son las nubes de color de esos ojos hermosos. Y bien, veamos; yo no los escribo ya; pero todavía me gustan; los versos son la buena época de la imaginacion; siempre se experimenta placer en recordarla. ¿Teneis presentes por casualidad algunos de los que habeis compuesto, y quereis ser tan amable y condescendiente conmigo, que me los reciteis mientras se hace hora de comer? Advertid que el sitio en que nos hallamos es sumamente á propósito; el sol que declina, la mar que hiere nuestros oidos, trayendo y llevando con cada ola sus conchas, zumbando como una

jóven que canta acompañándose con sus castañuelas, estos naranjos que dejan caer al impulso de la brisa sus gotas de flores blancas sobre vuestros cabellos negros, y un extraño que fué poeta en otro tiempo, á solas con vos, sentado delante de vos misma, dispuesto á escucharos, y que experimenta ya antes de oiros el placer que ha de causarle vuestra voz; ¿no vale esto tanto como todo un auditorio académico en Aix ó en Marsella y aun en Paris?

— Nunca osaré hacer una cosa semejante, — dijo Reine, levantando sus ojos hacia las sombrías hojas del naranjo, como si buscara á su pájaro en aquellas ramas. — ¡Oh, no! ¡Jamás me atreveré! Sin embargo, aquí traigo algunos que he escrito á ratos perdidos, para enseñárselos á Mr. Aufran, si me los pide. Quiero mejor que los leais vos mismo que no recitarlos; me será menos penoso, al papel no le ha de causar rubor.

Entonces metió la mano en su bolsillo y sacó un papel ordinario, rozado por el estuche, el dedal y las tijeras, y en donde se veian escritas tres ó cuatro composiciones.

Entre tanto que yo leia en silencio, Reine-Garde se enjugaba la frente con su delantal, y volvía la cabeza mirando al interior del invernadero, como si temiese leer alguna impresion desfavorable en mi semblante.

XV.

Me tenia absorto y conmovido lo que leia. Aquello era cándido, lleno de gracia y de sentimiento, la palpitation sosegada del corazón, convertida en armonía en el oido; la imagen de su semblante modesto, piadoso, tierno y dulce; verdadera poesía de mujer, cuya alma quiso encontrar á tientas, sobre las cuerdas mas delicadas del instrumento cuyo diapason la era desconocido, la expresion de sus sentimientos. Estos versos no eran desgarradores ni metálicos, como los de Reboul, ni épicos, ó de esos que tan pronto brillan con relumbrones como con lágrimas, á ejemplo de los de Jazmin; ni tampoco melindrosos, como las estrofas de algunas

doncellas, prodigios pervertidos en su origen por la imitacion, por ese Mefistófeles del genio naciente y abortado.

No se veia allí cosa alguna que no fuese Reine-Garde; era el aire monotonó y sentido con que una pobre costurera se canta entre dientes á sí misma, mientras trabaja con sus manos cerca de su ventana, para aplicarse mas á la aguja y al hilo. Algunas de las notas que allí habia llegaban al corazon, otras solamente espresaban sonidos vagos é inarticulados. Faltaba el aliento á lo mejor de la aspiracion, mas esta era justa, fuerte y penetrante hasta el fondo del alma y hasta el cielo. Conmovia mas bien que admiraba. Era la poesia en el estado de primer instinto, la poesia popular segun se halla siempre que comienza en el pueblo, cuando carece todavía de la voz del arte. Cierta monotonía triste, un romance de tres notas, siete ú ocho imágenes para representar el infinito.

XVI.

Devolví sus escritos á Reine, manifestándola por toda lisonja la verdad sencilla; es decir, que habia bellezas admirables en sus versos, y que habia recibido seguramente del Ser Supremo dos dones excelentes: el de sentir bien y el de espresar con gracia lo que sentia, y ademas el don por excelencia, el de las lágrimas en la voz: sin embargo, la añadí que estaba muy distante de aconsejarla que imprimiese todavía una coleccion de sus poesías, pues les sucedia á estas lo que á algunas aguas, que son buenas únicamente para bebidas en su manantial.

—Pero, señor — exclamó — ¿qué decis? No he pensado jamas en eso. ¿Componer yo libros? Hasta el ángel de mi guarda se burlaria de mí. Al escribir yo esto los domingos, en vez de salir á paseo, no he llevado otro fin que el de evitar el fastidio que en esos dias se experimenta. Los señores de Aix no tienen la menor noticia de esto. Cuando se vive sin compañía, como yo en mi cuarto, se suele sentir la necesidad de hablar á gritos, para convencerse de que no se está muerto. Los versos que veis son mi conversa-

cion en alta voz conmigo misma. De esta manera me consuelo un rato cuando estoy muy triste.

XVII.

—¿Pues cómo! ¿Estais triste alguna vez?—la pregunté con un interés verdadero.

—No con frecuencia, gracias á Dios; estoy de buen humor; pero esto no impide que todos sintamos nuestras penas, particularmente si no tenemos padres, ni familia, ni marido, ni hijos, ni sobrinos al rededor de nosotros, y cuando se vé una precisada á subir sola por la noche á su cuarto para despertarse enteramente sola, y no oír mas que las patitas de su pájaro sobre los palos de su jaula. Y aun si no se muriesen, si fueran como los papagayos ó las cotorras que se ven en el muelle, en Marsella, y que viven segun cuentan ciento y un años, entonces tendria una la seguridad de que no le faltaria compañía hasta el fin de sus dias. Pero tomadles cariño, para que se mueran luego; una mañana os despertais y no oís cantar á vuestro querido cerca de la ventana; le llamis y ya no responde; saltais de la cama, y con los piés descalzos vais corriendo á donde está la jaula ¿y qué es lo que veis? El pobre animalito con su cabeza echada sobre la tabla, el pico abierto, los ojos cerrados, las patitas tiesas y las alas estendidas. ¡Adios, todo se acabó! Ya no hay alegría, ni cancion, ni amistad en el cuarto; ya no hay quien os acaricie cuando entráis. ¡Ah! ¡esto es sensible, creedme!—Y enjugó dos lágrimas que brotaban de sus ojos.

—¿Se os representa vuestro jilguero, señorita Reine?—la dije.
—¡Ay, señor! — me contestó — desde que le perdí no pasa dia en que no me acuerde de él. ¡Cuando uno tiene muchos amigos no agradece que Dios se los deje! ¡Aquel me queria tanto! ¡Y luego dicen que los animales no tienen alma! Pues si fuese así, si mi pájaro no hubiese tenido alma, Dios me lo perdone, ¿con qué me habria querido tanto? ¿Podria suceder que con las plumas ó con las patas? Vaya, vaya, digan lo que quieran los sábios; yo

confío en que habrá árboles y pájaros en el paraíso, y me parece que voy acertada. ¿Había de engañarnos Dios? ¿Nos induciría á amar lo que no fuese mas que muerte ó ilusion?

—¿No se os ha ocurrido escribir alguna cosa, Reine, acerca de esa pena que manifestais sentir en vuestro pecho?

—Sí, señor, precisamente el domingo último, al ver su jaula vacía, y las hojas secas pendientes todavía de ella, y sintiéndome con ganas de llorar, me puse á componer versos á mi pobre jilguero, como si aun pudiera oirme. Pero me sucedió que no pude concluirlos, porque aquello me afectaba demasiado.

—Hacedme el favor de recitar esos versos, los que recordeis al menos; no importa que sean sueltos, pues lo que yo quiero es el sentimiento, la rima no me hace falta.

Recorrió un instante su memoria, y en seguida pronunció con acento conmovido y cariñoso, como si se dirigiese al mismo pájaro, una tierna y triste composicion, que acababa con dos ó tres estrofas mas tristes todavía, y en que manifestaba su esperanza de encontrar otra vez en el cielo á su pájaro, enterrado piadosamente por ella, sobre su ventana, en un tiesto de rosas, flor que inspiraba todos los años al jilguero sus mas alegres y cariñosas canciones. He sentido extraordinariamente perder la copia de aquellos versos cuando salí de Marsella.

XVIII.

Manifesté mi agradecimiento á Reine, por lo condescendiente que conmigo habia estado descubriéndome su corazón, en el que un pájaro ocupaba tan gran lugar. Despues entró madama de Lamartine, y saludó á la forastera con esa cordialidad que quita toda timidez, llevándola á comer con nosotros bajo un lentisco, en que el viento del mar refresca y canta aires tan dulces, como la sombra del jilguero de Reine en sus oídos de poeta. Estando acostumbrada mi mujer á vivir en medio de las campesinas de Saint-Point y de Milly, con solo que cambiase de paisaje, tenia lo suficiente para

creerse aun con sus compañeras habituales de la vida de los campos. Reine se aficionó á ella, desde el punto en que la vió, por la semejanza de sus corazones sencillos, y no ha dejado de escribirla despues, una ó dos veces cada año, para enviarla espresiones y recuerdos, envueltos en trabajitos de aguja hechos por su mano.

XIX.

Luego que concluimos de comer, nos fuimos á sentar los tres en los bancos de una barca, que estaba vacía y encallada en la playa. Entablamos nuestra conversacion, otra vez, con Reine-Garde, al propio tiempo que nos entreteníamos en jugar con la espuma que se estrellaba contra la quilla de la barca.

—Decis que os gusta mucho leer, y efectivamente es preciso que hayais leído mucho, para haber aprendido, del modo que lo habeis hecho, enteramente sola, á hablar tan bien vuestro idioma, y á esplicar en versos tan armoniosos vuestras impresiones.

—¡Oh! sí, señora, —dijo Reine; —la lectura es el placer mayor que tengo, despues del de rezar y trabajar para obedecer la ley de la Providencia. Acontece que, cuando una se ha levantado al amanecer, y ha cosido hasta que la noche hace confundir los hilos negros con los blancos, se ve precisada á dar descanso á los dedos y á ocupar un rato su entendimiento. En Aix carecemos de tertulia; lo único que tenemos los vecinos y las vecinas, son los saludos que nos cambiamos al pasar unos por la puerta de los otros, y en seguida todos vuelven á entrarse en su casa, los unos para preparar la sopa, los otros para acostar á los niños, estos para conversar en familia, aquellos para disponerse al trabajo del otro dia.

Sin embargo, no faltan algunos que concurren á sitios en donde se pierde el tiempo y la juventud, esto es, á las tabernas, á los figones, á los cafes. Entonces ¿qué quereis que hagan del resto de la noche, sobre todo en invierno que los dias son tan cortos, las doncellas honradas como nosotras? No hay mas remedio que leer ó

convertirse en piedra, entreteniéndose en mirar la blancura de las cuatro paredes ó la llama de los tizones en la chimenea.

— Pero ¿ qué podeis leer? — preguntó mi mujer.

— Eso es lo malo, señora, — respondió la forastera; — es preciso leer y carecemos de lo mas indispensable. Los libros se han compuesto para otra gente. Como no sean los evangelistas y el que escribió la imitación de Jesucristo, ningun otro autor nos ha tenido presentes cuando escribia. No es extraño, señora, cada uno piensa en los de su clase únicamente. Los autores, los escritores, los poetas, los hombres que compusieron poemas, tragedias, comedias, novelas, eran todos de una condicion superior á la nuestra, ó á lo menos, habian salido de nuestra esfera oscura y laboriosa para elevarse á la sociedad de los reyes, de las reinas, de las princesas, de las cortes, de los salones, de los poderosos, de los ricos, de los felices, de las clases que no trabajan y gastan lujo.

— Por una razon natural, debian olvidarse de vosotros, — la interrumpí, — no haceros caso, y escribir ó cantar para complacer únicamente á las personas y clases cuyo trato frecuentaban: y esto mismo les obligaria á los autores á tener las ideas de aquellas, á elevarse á la altura de su ciencia y de su gusto, á hablar su idioma, y á pintar estrictamente sus costumbres. Pero aquella inteligencia y aquella ciencia, aquel gusto perfeccionado, delicado y caprichoso de las clases elevadas; aquel idioma, aquellas costumbres no podian ser las vuestras, las de los pobres, especialmente al principio ó antes de que la educacion dada al pueblo os hubiese preparado para las cosas bellas. En la antigüedad se conocian muchos esclavos, como Epitecto, Esopo ó Terencio, que se hacian literatos, filósofos y poetas; mas no habia una literatura para los esclavos. Existió un Sócrates; pero este necesitó ser explicado por Platon; un Platon que mereció ser desembrollado por discipulos tambien muy sábios, un Ciceron que solamente escribia segun Platon, para los Escipiones y los Aticos, los letrados mas eminentes y mas profundos de Roma; un Virgilio, que recitaba sus pastorales á las princesas de la corte de Augusto; pero al cual no

habian comprendido los verdaderos pastores ni las verdaderas pastoras; un Horacio que no cantaba otra cosa que á la ociosidad, al vino, al amor desenfrenado, mientras el pueblo de su tribu bebia su propio sudor mezclado con el agua de sus cascadas. El murmullo de estas le percibia Homero en sus oidos; pero los trabajadores, los obreros, los picapedreros romanos no hacian mas que refrigerarse con el liquido. Sus versos eran tan limados, tan llenos de doble sentido y de figuras tomadas de Grecia y de la historia, que mal podia cantarle ni comprenderle el pueblo de su tiempo. Otro tanto ha sucedido de entonces acá en casi todas partes.

— Ciertamente, — dijo Reine, — si se exceptua Robinson y la vida de los Santos, ¿ qué otra cosa hay escrita para nosotras?... ¡ Ah! se me olvidaba incluir en aquel número á Telémaco y á Pablo y Virginia, es verdad: son muy tiernos y muy entretenidos, principalmente el segundo. Esto, no obstante, Telémaco trata del modo de gobernar un pueblo, lo cual nada tiene que ver ya con nosotros; ademas que este libro se escribió para la educacion del nieto de un rey. Por lo que respecta á Pablo y Virginia, es libro que hiere el corazon de todo el mundo; explica bien cómo se ama; cómo no es posible vivir el uno sin el otro, cómo se desea casarse para ser feliz; y de qué modo obligan á la separacion de dos amantes unos parientes ambiciosos que quieren mas las riquezas para sus hijos que la felicidad. Pero al fin y á la postre, la señorita Virginia es hija de un general, tiene una tia que la quiere hacer persona de suposicion; se la encierra con este fin en un convento; todas estas aventuras aunque muy bellas no son las nuestras. Son cuadros de cosas que no hemos visto, y que no veremos jamas en nuestras casas, en nuestras familias, en nuestras relaciones, en nuestras clases. Están mas altos que nuestra mano, y no los podemos alcanzar.

— ¿ Quién se ocupa en escribir libros ó poemas para nosotros? —
 — Nadie! Como no sea los que hacen almanaques, y para eso los llenan de simplezas y de frases barridas del año que pasó al año nuevo; los que componen novelas de esas que las hijas tienen que

UNIVERSIDAD DE BILBAO
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO X LEIS
 1903 MAR 27

leer á escondidas de sus madres; y los que forman canciones que, labios puros y castos no pueden cantar. No me refiero á Mr. de Beranger, sobre cuya conciencia deben pesar algunas, pero el cual hace notar ahora la sabiduría y la bondad de su alma en coplas demasiado bellas para ser cantadas. ¡Ah! ¿cuándo llegará la hora de arreglar una biblioteca para los pobres? ¿Quién nos hará la caridad de un libro?

XX.

Reine se habia espresado con un criterio superior á su educacion, y con un acento de conviccion tan íntima de la pobreza intelectual de las clases á que pertenecía, que me obligó á reflexionar un momento sobre la exactitud y fuerza de sus observaciones.

—Tambien yo habia pensado alguna vez acerca de esto, —dije dirigiéndome á mi mujer y á Reine, —pero nunca habia llamado tanto mi atencion como al escuchar lo que acabais de decir. No cabe duda de que el pueblo que desea instruirse, distraerse, interesarse con la imaginacion, enternecerse con sus sentimientos, elevarse con su inteligencia, va á morir de inanicion, ó á encerrarse con corrupciones, si no se trata de evitarlo. Preciso es que la sociedad piense en esto, ó que Dios haga aparecer un génio popular, un Milton trabajador, un Tasso soldado, un Dante industrial, un Fenelon de la cabaña, un Racine, un Corneille, un Buffon del taller, para que haga por sí solo lo que la sociedad egoista ó perezosa no quiere hacer, un principio de literatura, una poesia, una sensibilidad del pueblo.

Ahora mismo paso revista dentro de mi imaginacion á todos los estantes de una biblioteca perfectamente ordenada. Figúrome poner la mano sobre los principales nombres que la amueblan, y hago por reunir una coleccion de volúmenes que pueda sustentar la vida interior de una familia honrada de trabajadores, de criados, de obreros, hombres, mujeres, niños, doncellas, ancianos; libros que

se puedan dejar sin temor sobre las mesas, y con los cuales puedan hablar todos en silencio, el domingo ó en las veladas, sin necesidad de que se los traduzcan ó se los espliquen para entenderlos. Vamos á ver, ¿qué es lo que encuentro en primer lugar?

XXI.

Es la Biblia: libro hermoso, lleno de relaciones populares como la infancia del género humano, pero lleno de misterios, de escándalos, de costumbres, de crímenes y de ferocidades que pervertirian el espíritu, el corazon y las costumbres, si se la dejase sin comentario ni correccion en manos de los niños y en la inteligencia de las masas.

¡Aquí están Homero, Platon, Sófocles, Eschiles! Son de otras épocas, de otras costumbres, de otro idioma, están en griego. ¡Nada!

¡Virgilio, Horacio, Ciceron, Juvenal, Tácito! Pero están en latin, y el pueblo no lo sabe. ¡Nada!

¡Milton, Shakespeare, Pope, Dryden, lord Byron, y sobre todo, Crablee! Están en ingles. ¡Nada!

¡Tasso, Dante, Petrarca, tres poetas admirables! Pero están en italiano. ¡Nada!

¡Schillen, Goethe, Wieland, Gessner! Hay en ellos buenas páginas para el pueblo, pues la poesia alemana descende hasta el pueblo, porque el pueblo asciende hasta ella. Pero están en alemán. ¡Nada!

¡Cervantes, Calderon, Lope de Vega! Pero estos libros son parodias del genio caballeresco, del cual nuestra época no tiene que corregirse en nada. Ademas están en español. ¡Nada!

¡Hé aquí las grandes y sublimes poesias orientales, indianas, persas, árabes! Hay en ellas tesoros de imaginacion y de conocimientos humanos, con cuyos materiales podria fabricarse moneda para la humanidad que nos ha de suceder! Pero están en persa, en árabe, en sanscrito; se necesitan mineros y monederos de estos